

EL BARCO



DE VAPOR

# Mini entra en acción

Christine Nöstlinger

Traducción de Carmen Bas



Esta es Hermine Zipfel. Tiene ocho años y es muy alta y muy delgada. Es pelirroja y tiene la cara llena de pecas.



Todos la llaman MINI. En los cuadernos del colegio ella también pone: MINI ZIPFEL. La verdad es que no le gusta nada el nombre de HERMINE. Muchas veces le dice a su madre:

—¡Qué mala idea haberme puesto ese nombre!

Y mamá le contesta siempre:

–En primer lugar, Hermine es un nombre muy bonito. Y en segundo lugar, a mi madre le hacía mucha ilusión que tú llevaras su nombre.

Mini no puede quejarse a esta abuela por llamarse así. Hace ya muchos años que murió.

Por eso Mini siempre se queja a su otra abuela, la abuela Zipfel.

–¿Por qué no insististe en que me pusieran tu nombre? –le dice a menudo a la abuela Zipfel.

La abuela Zipfel se llama Theresa. Mini no tiene nada contra ese nombre, le gusta.

Pero entonces la abuela Zipfel se ríe y dice:

–Si te llamaras Theresa seguro que preferirías llamarte Hermine. A casi nadie le gusta su propio nombre.

A Mini le gusta ir al colegio. Prefiere los días de clase a los días de vacaciones.

Las vacaciones solo le gustan cuando se va de viaje. Las vacaciones en casa le parecen muy aburridas. Lo único que hace es pelearse con su hermano, Moritz. Moritz es dos años mayor que Mini, y no pasa un solo día de vacaciones sin que se pelee con él.

Antes de las vacaciones de Pascua, Mini se propuso: «¡Estas vacaciones no va a haber más peleas! Da igual lo que haga ese granuja, yo no le haré caso y me estaré callada. ¡Sus estupideces se las llevará el viento!».

El primer día de vacaciones, Mini pudo cumplir lo que se había propuesto sin inmutarse. Aunque no le resultó fácil, pues Moritz estaba aburrido, y cuando Moritz se aburre busca pelea.

El segundo día ya no lo consiguió.

La pelea comenzó ya en el desayuno. Moritz no paraba de llamarla HERMINE. Y Mini no fue capaz de aguantar sin inmutarse que la llamaran tantas veces Hermine. Así que le gritó a Moritz:

—¡Ya está bien, señor ZIPFEL!

Pues con Moritz ocurre lo siguiente: está muy contento con su nombre, pero odia su apellido. ZIPFEL le parece ridículo.

Apenas había dicho Mini ZIPFEL, cuando a Moritz se le pusieron las orejas rojas de furia y parecía que los ojos se le iban a salir de la cara. Apretó los puños y se abalanzó sobre Mini como un loco. Pero a Mini no se le da muy bien el boxeo. Así que no estaba dispuesta a mantener un combate con su hermano. Estiró una pierna y empujó la silla de Moritz. Solo pretendía apar-

tarla un poco. Lo suficiente para que Moritz no la alcanzara con sus puños. Pero la silla se cayó hacia atrás, y Moritz con ella.

Papá entró en la cocina, vio a Moritz en el suelo y exclamó:

—¡Eso te pasa por balancearte con la silla!



–¡Ella me ha empujado! –gritó Moritz.  
–¡Algún motivo tendría! –dijo papá,  
y salió de la cocina. Se le hacía tarde  
para ir a la oficina.

Moritz se levantó furioso del suelo  
y dijo entre sollozos:

–¡Por tu culpa tengo una conmoción  
cerebral!

–Donde no hay cerebro no puede ha-  
ber una conmoción –murmuró Mini, y  
se fue a su habitación.

Se quedó allí toda la mañana, pues  
pensó: «¡La única manera de evitar las  
peleas con ese granuja es perderle de  
vista!».

A mediodía, Mini fue a la cocina,  
pero en cuanto mamá le puso la comida  
en el plato se marchó.

Por la tarde, mamá llamó a la puerta  
de la habitación de Mini:

–¡Ha venido la tía Berta!